

La crisis

Todo el mundo habla de la crisis. Muchos no saben en qué consiste. Pero antes o después, sufriremos las consecuencias. Quizá los que más hablan de ella, sean los menos afectados. El orden económico internacional se ha desequilibrado. Y los más pobres serán los que más tendrán que sufrirla. Como pasa siempre. Incluso, de esta crisis muchos saldrán ganando y se harán más ricos, porque a río revuelto ganancia de pescadores. Otros, perderán su puesto de trabajo, se enfrentarán a una situación de carencia, su esperanza quedará recortada.

Las causas más profundas de la crisis no son solo financieras, económicas o monetarias. En el fondo de la misma está el egoísmo humano, la falta de solidaridad para compartir, el afán de tener más y más a costa de lo que sea. La causa profunda de la crisis es el pecado personal del egoísmo que nos estrecha el corazón y nos hace incapaces de amar.

¿Quién puede curar este corazón humano, que se vuelve egoísta, cuando está hecho para amar? Sólo Dios puede hacerlo. Y así tenemos que reconocerlo. Solo Dios puede cambiar el corazón del hombre, sólo Dios puede limpiar toda la escoria que se esconde en el corazón humano. Sólo Dios puede inyectar una sobredosis de amor en un corazón humano estrechado por el egoísmo. Sólo Dios tiene la solución, y nos la propone continuamente en su Hijo Jesucristo. «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único... no para condenar el mundo sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,14ss).

Sólo en Jesucristo se aclara el misterio del hombre, también la economía mundial, que debe estar al servicio del hombre, especialmente para que a todos llegue lo necesario para vivir, y no para el enriquecimiento del más poderoso. «Mirad la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros para enriquecernos con su pobreza» (2Co 8,9). En el mundo hay recursos abundantes para todos los que habitamos el planeta, y la mayoría se muere de hambre, porque el grupo minoritario se ha quedado con lo suyo y con lo ajeno. Se trata de una injusticia tan grande, que clama al cielo. Y Dios a veces deja que todo eso siga su curso, para que el hombre recapacite y se dé cuenta de que por este camino se dirige a su autodestrucción.

La crisis más fuerte que el hombre de hoy está padeciendo es una crisis de Dios. El hombre no puede vivir sin Dios, y en la época contemporánea está continuamente ensayando a vivir como si Dios no existiera. De ahí le viene la angustia existencial, el achatamiento de la esperanza. Al suprimir a Dios de la propia vida, se busca disfrutar como sea de los bienes de este mundo. Y eso resulta carísimo. El que tiene quiere tener más, sin tener en cuenta a los que no tienen, para disfrutar más de la vida y de las cosas de este mundo. Para disfrutar de todo, Dios estorba, como estorba su santa ley y sus mandamientos. Romper con Dios, no respetar la naturaleza y la ley natural, se vuelve contra el hombre.

Volvamos a Dios, esto es la conversión. La crisis que estamos padeciendo debe hacernos recapacitar como al hijo pródigo: qué bien se está con Dios, qué bien se está en la casa de mi padre Dios, qué bien cuando aprendemos a compartir. La crisis que estamos padeciendo quizá nos despierte del letargo de nuestros egoísmos para hacernos más solidarios. Si fuera así, no hay mal que por bien no venga.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández